
LIBRO

Carlos Franz: *El Desierto*
(Sudamericana, 2005).

***EL DESIERTO DE CARLOS FRANZ*¹**

Arturo Fontaine Talavera

Cómo comentar esta novela, *El Desierto* (Sudamericana), sin que se piense que exagero? ¿Cómo vencer ese recelo? Tal vez convenga anteponer algún reparo: el título es demasiado genérico, pienso. Los ritos ancestrales de Pampa Hundida, ese “agujero en el desierto”, pudieron ser capaces de absorber el horror, darle un sentido sacrificial y seguir persistiendo. El autor se decidió por otra jugada, válida, por cierto, y más drástica: el desenlace del drama en que se ve envuelta la joven jueza a raíz del campo de prisioneros que se instala en 1973 en las ruinas de una salitrera contigua, pone fin al mundo sacro de la ciudad santuario con sus bailes, máscaras, disfraces y “cadencias infinitamente más antiguas que cualquier teoría” y sus habitantes se extinguen o, saliendo del mito y la costumbre, se nos pierden en la prosa de la historia.

No más rodeos: Franz ha escrito una novela de padre y señor mío, una novela en la que hay grandeza, en la que hay verdad y que está recorri-

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. A. y M. Phil. en Filosofía, Columbia University. Director del Centro de Estudios Públicos. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile. Autor de los libros *Nueva York* (poesía) (Editorial Universitaria, 1976); *Poemas Hablados* (poesía) (Francisco Zegers, Editor, 1986); *Tu Nombre en Vano* (poesía) (Editorial Universitaria, 1995); *Oír su Voz* (novela) (reeditado por Alfaguara, 2003) y *Cuando Éramos Inmortales* (novela) (Editorial Alfaguara, 1988).

¹ Una versión abreviada se publicó en *El Mercurio*, “Artes y Letras” el 22 de mayo de 2005.

Estudios Públicos, 98 (otoño 2005).

da de punta a cabo por una belleza terrible. Nada de golpes de ingenio; nada de guiños ni cursilerías “de culto”; nada tampoco de fantasmagorías ni recursos mágicos. Crudeza, filo, culpa, una culpa lacerante: “¿Dónde estabas tú, mamá, cuando todas esas cosas horribles ocurrieron en tu ciudad?” Y la respuesta —“¿Cuántas veces he empezado esta página y la mano se ha negado a escribir...?”— será una larga carta que al fin no entregará a su hija Claudia porque “hay preguntas que sólo se responden con la vida”. En la novela esa carta se lee capítulo de por medio intercalada con los atropellados hechos que se suceden sin darnos tregua en Pampa Hundida apenas regresa la jueza. Son los días de la fiesta religiosa y el pueblo está copado de peregrinos danzantes, de diablos enmascarados y penitentes que se azotan las espaldas como si la piel también fuera “un disfraz, la máscara del individuo que hay que arrancarse si se quiere ser comunidad”.

Los cortes, al pasar de un relato a otro, son precisos y aprisionan la atención del lector. Las comparaciones se suceden con un poder encantatorio, las reflexiones son breves iluminaciones, las observaciones nos dejan con los ojos abiertos mucho rato.

La conciencia atribulada de Laura roe un pasado que no se puede aceptar ni entender. “Cuando a una mujer la miran es porque se deja mirar”, dice una de las “eternas y enlutadas” hermanas Siubabre, camareras de la Virgen. La jueza va al campamento a dejarse mirar por el Mayor que la mira para que la ciudad santuario recupere la imagen sagrada de la Patrona que el mismo Mayor Cáceres ha secuestrado hasta que no aparezca el prisionero, el condenado a muerte que se fugó y alguien esconde. La jueza es la intermediaria de los notables del pueblo y con ese mandato entra al campamento militar y cruza el umbral de la casa con techo de zinc donde trabaja y vive el Mayor. La “Patrona” y “mi patroncita”, como la llama a Laura, según el comandante se parecen. De alguna manera oscura y torcida, la joven jueza será entonces para él “la imagen de la imagen”.

Pero como la joven jueza que es, Laura pospone la devolución de la Patrona de la ciudad santuario, e intentará cumplir su encargo haciendo valer un recurso de amparo a favor del fugitivo y querrá entablar un conflicto de competencia entre su tribunal y la corte marcial en tiempos de estado de sitio. Antes de reaccionar de un “modo tan veloz que no lo vi moverse”, el Mayor pasará su mano sobre la imagen de la Virgen que ha secuestrado, le acariciará “su pelo de muerto —como un padre con una niña pequeña; jamás he visto tanta tristeza, Claudia”. Es un melancólico, sólo que su “melancolía ensucia la palabra melancolía”.

La “transacción” implicará al cura del pueblo que “esperó allí, en el hielo de las alturas (su sotana negra flameando en el viento helado de las

alturas, como la bandera de un navío que lleva la peste), a que el prisionero, perdón, su ‘encargo’, cruzara el límite (imaginario) y se internara, cada vez más diminuto, hasta volverse invisible, en el país vecino; ‘hasta convertirse en una nubecilla de polvo que se desplazaba en dirección a otra nubecilla más grande que venía a su encuentro’ —relató el cura—, tal vez una recua de llamas salvajes (pero de cuáles llamas) que galopaban a su encuentro...”.

Más tarde, Mamani, el alcalde, que en las fiestas como caporal mayor de la Diablada lleva una máscara con cuernos y empuña un tirso, el tirso de Dionisio, y lleva además un flagelo “coleando como cosa viva”, le agradecerá el cese de los fusilamientos, aunque la Patrona “todavía esté bajo la protección de la espada”, y “las ranuras de sus ojos de mestizo se estrecharon, guiñaron, incrédulas y antiguas, diciendo que así habían decidido llamar al secuestro.” Y le habló del sacrificio de ella y “en la palabra sacrificio” parecía que hablaba “el curaca, no el alcalde, el que se llamaba así desde siglos antes, cuando la Patrona también se llamaba de otro modo”.

Mamani, “gordo, manicurado, con el brillante casco de pelo negro peinado a la gomina, sin una cana”, con sus “tiesas pestañas de buey”, con su “voz de dama ronca, de siempre, que no necesitaba levantar para hacerse oír”, que “ni siquiera cuando enfatizaba requería alzar la voz. Al contrario, la bajaba” planteará que “si todos eran culpables, incluso las víctimas lo serían”. Entonces “juzgue y condene a Cáceres”. La posición del mestizo Mamani “expresaba una ancestral sabiduría: sobreviven los que saben llamar destino a una fuerza irresistible”. El ministro de justicia, antiguo y admirado profesor de derecho de Laura, seguirá un camino semejante.

Sin embargo, la culpa golpea la memoria de la jueza Laura como un badajo implacable y en la escritura se materializa en la constante repetición rítmica de frases y párrafos que se van grabando a fuego en la memoria del lector. Se repiten como un conjuro, quizás como el ritmo antiguo de la danza de los penitentes que bailan enmascarados como diablos, o como esos acordes bajos de los cellos en el llanto de Pedro, en la “Pasión” de Bach.

Esas marcas a fuego, esas heridas supurantes, esos espantos se van anunciando desde el principio sin que se sepa a qué corresponden. Poco a poco, como si la lectura fuera reflotando un antiguo galeón hundido, esas piezas sueltas del dolor, van encontrando su lugar en la tensa trama de esta “culpabilidad abyecta”, de este “orgasmo negro y sin fondo, un orgasmo sin corazón... un fuego tan intenso que las tablas de toda ley ardían —excepto esa tabla a la que me aferraba: el cuerpo de mi verdugo”.

Franz había escrito muy buenas novelas. Pero ahora ha dado un salto espectacular. En algún sentido toda creación que alcanza esta altura sobrepasa sus antecedentes y sus causas, resulta inexplicable, llega como un don.

Hay intensidad, distancia y poesía, lo que confiere a las situaciones un halo de fatalidad, que evoca el ambiente épico de las novelas de Faulkner. Los acontecimientos de la historia de Chile, se transfiguran por la profundidad de la meditación a la que fueron sometidos, lo que se trasunta, no se dice. Éste es el libro de alguien que ha sido templado en el silencio del dolor y que desde él penetró en la humanidad de sus personajes hasta fijar su peculiar belleza en imágenes de exactitud inolvidable.

Sin abandonar el plano de lo realista, los lugares y episodios se llenan de carga metafórica. Laura “volvió a sentir el contacto de esa piel injertada sobre el cráneo de Cáceres”, el viejo Mayor —ahora Coronel en retiro— a cargo del campo de prisioneros quien, como ella, ha regresado al lugar de la culpa. “A pesar de ella misma, fascinada (...) sentía la piel tirante y frágil, quizás muerta, donada acaso por un muerto, para reemplazar a la que se había quemado en el incendio de veinte años antes, cuando la comandancia había ardido (cuando el hogar fue hoguera).” La piel de ese hombre maltrecho, enajenado y de rodillas, de esa ruina humana, está hoy hecha de trozos de hombres muertos.

Es cuanto queda de ese temido comandante Cáceres cuyos ojos, veinte años antes, parecían desgarrar la oscuridad. Entonces era “alto, nervudo, rapado, de sienes y mejillas hundidas, magras,” a través de las cuales se veían “trabajar los músculos de las mandíbulas (como si todo el tiempo se estuviera mordiendo el corazón...)”. Tenía un tic característico, insertarse el dedo “entre la nuez y el alzacuellos de la guerrera, buscando alivio o espacio, o sacar de adentro al otro que no él, sino su disciplina, domeñaba”, “tenía un instinto para la inclemencia”, una “atroz intuición de la debilidad humana. (...) Consolaba a su caballo —si es que era un caballo esa bestia enloquecida— con el chasquido de la lengua y al mismo tiempo —esto es crucial, Claudia— lo amenazaba con el restallido de la fusta”, ese potro de “imposible color de sangre” que “relinchaba en alguna parte (...) si es que no había sido yo”. En ese purasangre “morado color de sangre espesa (...) salía solo por la pampa, y picaba las espuelas, cargando contra el paredón de aire líquido del horizonte” y “la sangre se tornasolaba en sus crines mojadadas, en sus belfos espumantes, en sus ojos despavoridos” hasta que “anochecía, y luego volvía galopando en la oscuridad, orientándose por las estrellas, a galope tendido en la oscuridad”. Cáceres, dice Laura, era un hombre que habría sido bello “si un dolor forrado en piel humana pudiera ser bello”.

Una de las hebras que se tejen en esta compleja novela tiene que ver con las exigencias de la justicia vis-à-vis las exigencias de la ciudad, que teme que su rigor la destruya. La alternativa que busca Mamami a la justicia

general, al “juicio a la ciudad”, es el sacrificio de uno, del Comandante Cáceres, que asumiría las culpas colectivas. La justicia del dios Apolo, sugieren algunos, quizás dependa y sea posible a partir de un sustrato anterior, sacrificial y dionisiaco. Pero todo esto está incorporado a la trama misma.

En *El Desierto* confluyen y se entrechocan las exigencias de la justicia, las imposiciones de la historia, la inteligencia de la compasión, todo hecho carne en un manojito de vidas entrelazadas a pesar suyo. Carlos Franz ha escrito una gran novela al interior de la cual se vive y se perdura. Y, aunque ha sido premiada en Buenos Aires, y, estoy seguro, será leída, comentada y celebrada en los más diversos países, aunque estoy seguro de que es y será una novela de todos, ha sido escrita para nosotros. □